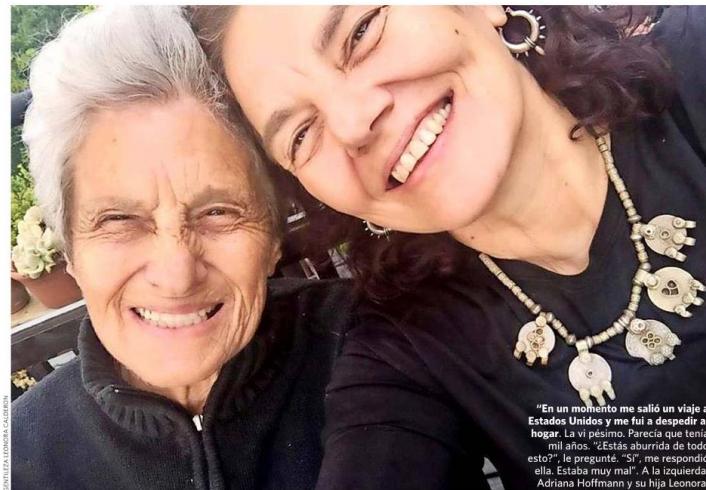


Fecha: 30-04-2022
 Medio: El Mercurio
 Supl.: El Mercurio - Sábado
 Tipo: Actualidad
 Título: EL HILO DE ADRIANA

Pág.: 3
 Cm2: 496,9

Tiraje: 126.654
 Lectoría: 320.543
 Favorabilidad: No Definida



EL HILO DE ADRIANA

Tras el fallecimiento de Adriana Hoffmann (marzo de 2022), Leonora Calderón —su hija— ha comenzado a ordenar la memoria y obra de quien fuera la más icónica medioambientalista chilena. Para la escritora y artista visual, la tarea no será fácil. Aunque Adriana publicó una decena de libros, los derechos de autor se esfumaron. Y buena parte de su obra no ha tenido la urgencia que, en vida, ella siempre exigió. Si ayer fue Ralco, Trillium, Pascua Lama, hoy el camino sigue sinuoso. Vaya paradoja: tras su muerte, Adriana Hoffmann otra vez abre el hilo.

POR SERGIO PAZ

“Queremos entrar!” “Queremos entrar!” grita, a media tarde, un grupo de niños que se han colgado del cerco que una constructora acaba de instalar en un sector de Algarrobo, para que esos chicos y sus padres no ingresen al bosque; el lugar donde la comunidad solía pasear en medio de beldos y maitenes y, ahora, se anuncia construirán departamentos.

“Ustedes no tuvieron educación ambiental!” “¡Menos cemento!” “Más naturaleza!” Esas y otras frases se leen en los carteles con los que la comunidad interpela a la constructora, a la municipalidad y al gobernador de Valparaíso. Todo parte de una marcha que busca impedir otro desastre ambiental en la comuna. Para los vecinos, desde hace años Algarrobo sufre el creciente caos vial, la contaminación del mar y la sistemática destrucción de humedales y, además, que habla síndrome de Humberto Maturana.

“Adriana Hoffmann vive”, se lee en un pequeño papel pintado con lápices de colores, que alguien dejó colgando de un cactus.

Si hubiera podido ir, quizás Adriana Hoffmann también habría estado en la marcha. No para la célebre bióloga y ambientalista —Premio Nacional de Medio Ambiente 1999, reconocida por la ONU como una de las luchadoras más destacadas del mundo— vivió dos años en Tunquén, al norte de la comuna; eso tras comprobar que había sido de Humberto Maturana.

—Nuestras familias —cuenta Leonora— compartieron mucho. Humberto fue siempre muy cercano a Lola Hoffmann, mi abuela. Y tras vivir en Cachagua con Panchito, uno de sus hijos que tiene una discapacidad cognitiva, nos trasladó a Tunquén. Ahí lo pasó bien. Hacía paseos. Disfrutaba mucho.

—Adriana Hoffmann vive —se lee en un pequeño papel pintado con lápices de colores, que alguien dejó colgando de un cactus.

En ese momento —continúa— mis hermanos dijeron que mi mamá no podía seguir en la playa y que ellos se harían cargo. Luego la pusieron en un hogar de ancianos que, finalmente, fue lo que la llevó.

Unas semanas atrás Leonora recibió en su casa en Tunquén. Muy cerca de donde estaba la de su mamá.

Al llegar, lo primero que impresionó a Leonora fue la cantidad de libros que hoy es orgullosa de Chile. Había muerto, alegó, la creadora del Proyecto Condor, en Cabo León, Isla Riesco, donde salvó 27 mil bestias que hace un tiempo, Atlantic Monthly nominó como uno de los ocho lugares más lindos del mundo.

Faltaron páginas para resumir su obra que incluye preciosos libros como *El árbol urbano en Chile*, que realizó para la Fundación Claudio Gay, o *La Encyclopédie del Bosque Nativo* para la Fundación Bosquechuela. Además, fue ella la que creó la categoría “Bosque Catedral”. Eso, porque según Adriana, hay lugares que no tienen precios, pues no son muy diferentes a la Capilla Sixtina.

—Entiendo que, antes de tu mamá morir, pensabas hacer un libro sobre ella y su obra.

—Había estado pensando en cómo hacerlo. Y, después del funeral, surgió la idea de algo así como *Encuentros con Lola*, el libro que hizo Delia Vergara cuando Lola Hoffmann, mi abuela, murió.

—Había una autobiografía en desarrollo, ¿sí?

—Sílvia Hernández, hija de Hernández Parker, el periodista, fue una de sus grandes amigas, junto a Gabi Hernández. Ella había comenzado a mi mamá a hacer un libro que creó que se iba a llamar *Adriana y las plantas*; una autobiografía con su ayuda. Para eso habían tenido algunas entrevistas e incluso me comunicé con Sílvia para apoyarla. Pensaba filmar esas conversaciones, pues tengo el karma de que siempre digo que debía grabar a mi abuela, pero se murió y nunca lo hice. Lo bueno es que hay mucho material. Incluso muchas cosas filmadas, millones de fotos y un arcoíris gigantesco, con todo lo que hizo de difusión y educación medioambiental, especialmente orientado a los niños.

—Eras bien amiga de tu mamá?

—Eramos bien compinches. De chicos fuimos regalona y siempre iba a eventos con ella, especialmente con Adriana.

—Hubo un momento en que los mayores de 77 años no podían salir a la calle y, aparte, como cerraron los centros de adultos mayores, no podías visitarlos. Todo era por teléfono y, por eso, siempre estuve lúdica, de tanto en tanto pasaba por allí para periodos muy breves.

—Cuándo empeoró?

—Alcanzó a estar como un año normal. Eso fue en 2019. El año en que incluso fuimos a Huilo Huilo y el desierto a caminar. Mi mamá siempre tuvo buen estado físico, porque caminaba muchísimo. Dos años después se deterioró. Estaba en silla de ruedas. No hablaba. En un momento me salió un viaje a Estados Unidos y me fui de despedir al hogar. La vi pésimo. Parecía que tenía mil años. “¿Estás

aburrida de todo esto?”, le pregunté. “Sí”, me respondió ella. Esa era la parcela de la familia en Pehololén. Eran los 80 y yo estaba en el *under*, en la contracultura. Tocabo saxo en el Club de Jazz y con Titín Moraga creamos La Banda del Pequeño Vicio, con tanta mala suerte que, justo después del primer concierto, me accidenté y no pude seguir. Luego estudié fotografía y trabajé en *La Epoca*, metida bajo las lágrimas. Después me fui a trabajar con la videoartista Gloria Camiruaga, aprendí montaje digital y, en medio de eso me reencontré con un antiguo amor: Ricardo Salas, con quien nos fuimos a Boston. En ese tiempo, con mi mamá estabamos un poco alejados, pero no peleábamos. Cuando estaba el gobierno de Lagos, yo la llevaba a su casa de lejos, sin entender mucho el rumbo en el que yo había metido.

—Se instaló la idea de que, después de su paso por la Comuna, en Hemps de Lagos, tu mamá nunca volvería a ser la misma.

—Cuando volví de Estados Unidos mi mamá estaba pésimo, con una depresión horrible. Todos los días lloraba y fui entonces que me hice cargo de ella, la apacigüé y hubo un apercibimiento. Pasó el tiempo y lentamente empecé a recuperarme. Entonces dije que no quería seguir viviendo en Pehololén y decidí irse a Cachagua. De tanto en tanto, hacia crisis y me la llevaba a Tunquén.

—¿Tan mal le había hecho la política?

—Ella partió en la campaña de Lagos y, en último minuto, él la llamó para que dirigiera la Comuna. Para entonces ya había abandonado la botánica y estaba dedicada *full* al ambientalismo. Sus amigos dijeron: Por fin tendremos a alguien de nuestro lado en el gobierno, pero no pasa nada, porque quedó con las manos atadas; entre los ambientalistas, que le decían “ya pases, haz esto”, y los políticos, que le decían “tú no puedes hacer nada”.

—Fue tanta la presión que incluso se peleó con amigas del alma.

—Todo ese estrés tuvo consecuencias. Con la Malú Sierra, íntima amiga y con quien había trabajado en Defensores del Bosque, se peleó y nunca se volvieron a hablar. Yo tengo buena onda con la Malú y una vez me dijo que, desde que había asumido en la Comuna, Adriana andaba rabiosa, enojada, alterada. Cuando murió mi mamá, Malú —que desde hace un tiempo vive encasillada en El Arrayán— me mandó una notita. Es lamentable que hayan terminado tan distanciadas.

—Adriana fue hija de Lola Hoffmann, figura seíra de la intelectualidad chilena. Y de Francisco Hoffmann, artista y médico fisiólogo, que tuvo entre sus discípulos a Claudio Narango. Debe haber tenido la presión de hacer las cosas excepcionalmente bien.

—Claro. De hecho, quedó a cargo de un buque gigantesco y, en un momento, muy sola. Chocó con los ambientalistas y también con los de la Concertación que decían mejor hagámonos los lesos. Ella sí bien públicamente adherían a la cultura precollegísmo, en verdad lo que querían era levantar la economía. El resultado fue que abandonó la administración de proyectos que desde el punto de vista ambientalista era imposible firmar, le decían “tienes que hacerlo”. Se sintió prisionera.

—Han pasado décadas de eso. ¿Crees, finalmente, que fue importante que Adriana Hoffmann estuviera en la Comuna?

—He hablado con quienes fueron ministros o políticos en aquel tiempo, y todos coinciden en señalar que Adriana Hoffmann sentó las bases para que se creara el Ministerio del Medio Ambiente y se discutiera la Ley del Bosque Nativo, tarea que demoró muchísimo tiempo. Ella logró cosas importantes.

—Idea suya fue el Sendero de Chile. ¿Cómo se le ocurrió hacer un sendero para irse caminando desde Visviri a Tierra del Fuego?

—Probablemente fue porque tenía muchos amigos *hippies* excursionistas. En Estados Unidos está lleno de *trails* y quizás salió de una conversación con alguna. Y sí, se empeñó en hacer el Sendero, y recuerdo que la acompañé en el segmento que pasa cerca de Cantalao. No fué lo único que hizo. Mi mamá era increíble. Describió y clasificó especies e incluso llevó algunas al Jardín Real de Londres; de ellas, algunas se extinguieron y ahora solo existen en Inglaterra gracias a que las puso a resguardo.

—Fue una de las salvadoras de Yendegua.

—Cuando se supo que Trillium iba a instalar una planta de aluminio en Tierra del Fuego, decidió ir a Estados Unidos a pelear. Cuando la empresa abandonó la idea, un grupo decidió comprar esa tierra para su conservación. No fue el único tesoro que puso a resguardo. Hay un sitio en San Fernando. Otro en la cordillera de Nahuelbuta, más varios parques que ni yo sé cuáles son. Mi mamá iba de un proyecto a otro, hasta que se le agotaron las pilas.

—Con Douglas Tompkins, ¿qué tan cercanos fueron? Se dice que buena parte de lo que Douglas hizo en Chile fue gracias a la ayuda de Adriana.

—El iba mucho a la casa de Pehololén, porque vivía al lado. Entiendo que cuando buscaba tierras un compañero de mi mamá, en el Manuel de Salas, le habló de Adriana y ella le ayudó a buscar terrenos en la Patagonia. En paralelo, él la ayudó financieramente para que, por ejemplo, crearan Defensores del Bosque chileno, la ONG que terminó impulsando la Ley del Bosque Nativo. Douglas y Adriana se adoraron y se potencionaron. Fue una amistad verdadera, ayuda y historias compartidas. Y ella aprendió que cuando las cosas se han bien, terminas haciendo un camino.

—Adriana adscribió a la idea de la ecología profunda?

—Absolutamente. Me ha dicho que siempre mantuvo su adhesión a la ecología profunda. Máximo, un hijo. Hay que

hacer la tasa poblacional, gracias a la ayuda de Adriana.

—La tragedia del bosque chileno, ese libro que logró hacer con la ayuda de Tompkins, ¿fue el más personal?

—Sin duda. *La tragedia del bosque chileno* puso en evidencia la destrucción sin ningún sentido de este país. Se cortaron árboles y se contaminaron ríos. Una cosa espantosa. La destrucción del bosque nativo solo para obtener lucro rápido. Tompkins propuso el formato y puso las lucas. A ella le interesaría la difusión y que la gente entendiera la magnitud del desastre. Viojo mucho para hacer ese libro y, en una ocasión, le tocó ir a ver un bosque de alerces. Justo entonces habían cortado unos alerces gigantescos y, cuando los vio, se desmayó.

—¿Existen los originales de los libros de Adriana? ¿Cómo se redactan? ¿Qué pasará con esa herencia patrimonial?

—Ahí hay un problema bastante complejo, porque mi mamá renunció a los derechos de autor de todos sus libros. Unos años atrás hablé con abogados para estudiar los contratos y, finalmente, no podía creer lo que había pasado. Pero, bueno, era su forma de trabajar. Le ponían dinero para cada investigación y ella se hacía cargo de un gran equipo que incluía fotógrafos y dibujantes. Mi mamá tenía tanto entusiasmo por su trabajo que renunció a todos los derechos, incluidos los de las guías que publica la Fundación Claudio Gay.

—¿Cuándo debiera tomar Chile el legado de Adriana?

—Mi mamá cayó en el olvido. Y, solo unos meses antes de su muerte, apareció José Miguel Jagüe diciendo que quería recuperar su memoria, tras lo cual publicó una nota en Ladera Sur. Desde entonces varios empezaron a llamar, incluido Jaime Hales, quien pensaba que mi mamá había muerto hace mucho tiempo. Pero, otros se acordaron recién cuando murió, pese a que fueron tantos los que la conocían bien.

—Tu mamá fue una activista iluminada. Tomó una pesada banda y la hizo flamear. ¿Perdió? ¿Trifuró?

—Mira en lo que estamos hoy. Yo trabajo con un topógrafo, un topógrafo, que cree que la tierra es plana. Y no es brus. Hay gente que aún cree que el calentamiento global no existe. ¿Qué puede decir? Mi mamá hace mucho tiempo mostró un camino. Aún está por ver si este país lo toma o no. ☐



“Éramos bien compinches. De chicos fuimos regalona y siempre iba a eventos con ella”, dice Leonora Calderón. En la foto, Adriana Hoffmann.

es el lindo jardín de gráciles suculentas, salpicado de quebrachos, lúcumos y otros árboles nativos, que ella misma plantó arafando la tierra a chuzo y pala.

Dentro, el ambiente es exquisito. La chimeña está encendida. Sobre el sofá, a medio leer, un libro de Tristamón. Sobre un mueble, una foto de Leonora con su saxo soprano; el mismo que tocaba cuando era alumna de Pato Ramírez y asistía al Trolley, Maticuano 100 y la Nona Jazz, eso cuando era una de las más guapas artistas (incluido pantalón de cuero) de la movida ochentera.

Al fin, la primera que impresionó a Leonora fue la cantidad de libros que hoy es orgullosa de Chile. Había muerto, alegó, la creadora del Proyecto Condor, en Cabo León, Isla Riesco, donde salvó 27 mil bestias que hace un tiempo, Atlantic Monthly nominó como uno de los ocho lugares más lindos del mundo.

Faltaron páginas para resumir su obra que incluye preciosos libros como *El árbol urbano en Chile*, que realizó para la Fundación Claudio Gay, o *La Encyclopédie del Bosque Nativo* para la Fundación Bosquechuela. Además, fue ella la que creó la categoría “Bosque Catedral”. Eso, porque según Adriana, hay lugares que no tienen precios, pues no son muy diferentes a la Capilla Sixtina.

—Entiendo que, antes de tu mamá morir, pensabas hacer un libro sobre ella y su obra.

—Había estado pensando en cómo hacerlo. Y, después del funeral, surgió la idea de algo así como *Encuentros con Lola*, el libro que hizo Delia Vergara cuando Lola Hoffmann, mi abuela, murió.

—Había una autobiografía en desarrollo, ¿sí?

—Sílvia Hernández, hija de Hernández Parker, el periodista, fue una de sus grandes amigas, junto a Gabi Hernández. Ella había comenzado a mi mamá a hacer un libro que creó que se iba a llamar *Adriana y las plantas*; una autobiografía con su ayuda. Para eso habían tenido algunas entrevistas e incluso me comunicé con Sílvia para apoyarla. Pensaba filmar esas conversaciones, pues tengo el karma de que siempre digo que debía grabar a mi abuela, pero se murió y nunca lo hice. Lo bueno es que hay mucho material. Incluso muchas cosas filmadas, millones de fotos y un arcoíris gigantesco, con todo lo que hizo de difusión y educación medioambiental, especialmente orientado a los niños.

—Eras bien amiga de tu mamá?

—Eramos bien compinches. De chicos fuimos regalona y siempre iba a eventos con ella, especialmente con Adriana.

—Hubo un momento en que los mayores de 77 años no podían salir a la calle y, aparte, como cerraron los centros de adultos mayores, no podías visitarlos. Todo era por teléfono y, por eso, siempre estuve lúdica, de tanto en tanto pasaba por allí para periodos muy breves.

—Cuándo empeoró?

—Alcanzó a estar como un año normal. Eso fue en 2019. El año en que incluso fuimos a Huilo Huilo y el desierto a caminar. Mi mamá siempre tuvo buen estado físico, porque caminaba muchísimo. Dos años después se deterioró. Estaba en silla de ruedas. No hablaba.

En un momento me salió un viaje a Estados Unidos y me fui de despedir al hogar. La vi pésimo. Parecía que tenía mil años. “¿Estás

